

# Las putas\* viejas: exclusión y pobreza en el trabajo sexual de calle en la Ciudad de México

Virginia Ramírez Jiménez\*\*

## Resumen

El presente artículo tiene como objetivo dialogar con la interseccionalidad que atraviesa a las mujeres Cis y Trans<sup>1</sup> de la tercera edad que ejercen el trabajo sexual en las calles de la Ciudad de México. Para ello, recurro a los datos construidos mediante la observación participante durante mi trabajo de campo. Dichos datos forman parte de mi investigación etnográfica como estudiante del doctorado en Antropología Social. A través del trabajo de campo he identificado los malestares sociales de las trabajadoras sexuales de la tercera edad. A lo largo de sus vidas, estas mujeres han sido sujetas de múltiples violencias por parte de familiares, autoridades, instituciones gubernamentales y organizaciones criminales. Su vejez vislumbra

\* Durante el artículo el lector podrá encontrar la categoría puta/putas como parte de un lenguaje *emic*, el cual trata de dar agencia a las verbalizaciones locales que adquieren un significado entre las personas que habitan en el lugar donde hago trabajo de campo. Esto se puede entender cuando las mujeres trabajadoras sexuales recurren a la categoría puta/putas como una forma de reivindicar su lucha política por la dignificación del trabajo sexual. Puta/putas no tiene una connotación despectiva entre ellas.

\*\* Estudiante del doctorado en Antropología Social del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, de la Universidad Iberoamericana. Correo electrónico: [bickymz@gmail.com].

<sup>1</sup> Cisgénero (Cis como abreviatura) y Transgénero (Trans como abreviatura) son identidades de género. Las personas Cis o cisgénero son aquellas que se identifican con el género que se les asignó al nacer y que coincide con su fenotipo biológico/sexual, haciendo referencia a la clasificación femenino/masculino. En tanto que las personas con identidad transgénero o Trans son quienes se sienten y se conciben como pertenecientes al género opuesto al que social y culturalmente se le asignó a su sexo de nacimiento. Estas personas optan por una reasignación hormonal o quirúrgica de sus órganos sexuales internos o externos para la transición de su sexo al otro.

la falta de oportunidades a las que fueron sujetas durante toda su vida, incluso antes de ejercer el trabajo sexual. Decidí omitir el lugar exacto en donde realizo la investigación para evitar que mis informantes sean señaladas y hostigadas. También modifiqué sus nombres con la finalidad de proteger su identidad.

*Palabras clave:* trabajo sexual, vejez, género, exclusión, pobreza.

### *Abstrac*

This paper aims to dialogue with the intersectionality that crosses the Cis and Trans women of the third age who practice sex work in the streets of Mexico City. To do this, I use the data constructed through participant observation during my fieldwork. These data are part of my ethnographic research as a doctoral student in Social Anthropology. Through fieldwork I have identified the social discomforts that these women experience in their old age as sex workers. Throughout their lives, these women have been subjected to multiple forms of violence by family members, authorities, governmental institutions, and criminal organizations. Their old age is a glimpse of the lack of opportunities to which they were subjected throughout their lives, even before engaging in sex work. I omitted the exact place where I do my research, this to avoid my informants being singled out and harassed. I also modified their names in order to protect their integrity.

*Keywords:* sex work, old age, gender, exclusion, poverty.

## **Un breve acercamiento al concepto de vejez**

Si bien el envejecimiento es un proceso biológico, adquiere un significado diferente dependiendo del entorno social en que se habita. Por ejemplo, mientras que en las grandes ciudades envejecer representa una carga o problema para los familiares; en comunidades ru-

rales, una persona de la tercera edad es valorada por su sabiduría y experiencia. El envejecimiento también puede ser visto como un proceso cultural (Hareven y Adams, 1982) que se corporaliza y se produce en las personas como actores de los dramas cotidianos de la sociedad.

El envejecimiento es una fase obligatoria en la vida de todo ser humano que debe ser interpretada como un fenómeno delineado por las estructuras sociales. Esta etapa no puede entenderse de forma lineal, pues no todas las personas envejecen de igual forma. Nelly Snyder Salgado y Rebeca Wong (2007) mencionan que las inequidades del envejecimiento están íntimamente vinculadas con el género y la pobreza. Estos fenómenos están sujetos a la secuencia de acciones y experiencias sociales que se inician desde una edad temprana y culminan en la vejez. Por ejemplo, los hombres y las mujeres no experimentan el mismo proceso de envejecimiento, ya que, históricamente, las relaciones de poder han favorecido más a los hombres:

las mujeres se encuentran vulnerables por su relativamente bajo nivel educativo, poca participación en actividades económicas a lo largo de su vida, la ausencia de la pareja durante la vejez y la pérdida económica y de protección institucional que ello puede representar. Para los hombres, la trayectoria de vida en general se resume como de alta participación en actividades económicas, relativamente poca interacción con una red social y familiar, y poca familiaridad con el sistema de salud (Snyder y Wong, 2007).

Esta idea también se puede entender desde las aportaciones de Nigel Edley (2017), quien señala que uno de los elementos que da sentido a la identidad social es el rol de género que delinea el sentido de ser hombre o mujer. Estos patrones de comportamiento adquiridos desde la infancia son reafirmados por instituciones como la familia o la escuela (Edley, 2017). Por ello, la categoría de género es el primer indicador que determinará el nivel de bienestar que una persona obtendrá a lo largo de su vida: oportunidades laborales, económicas y sociales.

No obstante, habría que reconsiderar que, en comparación con los hombres, si las mujeres Cis obtienen menos retribuciones salariales por su condición de género, las mujeres Trans están sujetas a una múltiple vulnerabilidad laboral que se sustenta en la discriminación y falta de tolerancia. Esta idea la desglosaré y ejemplificaré más adelante.

### **Jubilarse con éxito**

Uno de los malestares que implica ser una persona de la tercera edad es que el ser viejo se relaciona con vulnerabilidad, malestares corporales, problemas de salud y desmercantilización (Orejuela y Robledo, 2020). La condición biológica, psicomotriz y la falta de conocimiento respecto a la tecnología que se ocupa en la vida laboral, así como la infantilización de la vejez, son algunos de los factores que impiden que esta población se considere menos productiva en el mercado laboral. Por ello, la disminución de actividades durante la tercera edad está en gran medida relacionada con el desempleo, que va de la mano con la disminución de ingresos.

Jubilarse es una de las etapas que marca la transición entre la madurez y la vejez, y no sólo está relacionado con el ámbito económico. Jonny Orejuela y Carlos Robledo (2020) afirman que trabajar implica más que obtener ingresos: trabajar también tiene un fin social. Cuando una persona trabaja, estructura el tiempo. El trabajo es el espacio en donde puede entablar relaciones sociales y rutinas que lo hacen sentir una persona útil. Trabajar también tiene funciones psicodinámicas que evitan la depresión y enaltecen el sentido de pertenencia (2020). Pese a que las aportaciones de los autores intentan destacar la importancia de involucrar a las personas de la tercera edad en el mercado laboral, esta idea sólo aplicaría para aquellas que, tras una jubilación, adquirieron prestaciones que les garantizarán seguridad social y económica hasta el último día de sus vidas.

Probablemente la única preocupación de las/os adultas/os mayores jubiladas/os radique en sentirse poco productivos. Esta población

ha buscado su reivindicación al rechazar su infantilización y la creencia de que son seres poco productivos, llenos de ternura, que quieren pasar el resto de sus días cuidando nietos. Los tiempos han cambiado y el mercado ofrece nuevas ocupaciones para las personas jubiladas, sobre todo para aquellas que gozan de una pensión.

La condición económica que hombres y mujeres de la tercera edad hayan logrado consolidar durante toda su juventud, probablemente les brindará entretenimiento hasta el último día de sus vidas. Entonces, envejecer con “dignidad” depende del género, la clase y el lugar de origen de cada persona. Por lo tanto, la dignificación del envejecimiento es un privilegio.

### Ser mujer y no jubilarse

Para las mujeres con empleos informales la situación es diferente. El trabajo se vuelve una actividad eterna y lo único que puede dar descanso es la intervención de familiares o el deceso. Mi trabajo de campo como estudiante del doctorado en Antropología Social en las calles de la Ciudad de México me ha permitido identificar que las trabajadoras sexuales Cis y Trans de la tercera edad reconocen que, pese a su edad, su única opción es trabajar y que sólo la muerte será el suceso que les brindará descanso. Muchas de ellas no saben leer ni escribir. Son mujeres de escasos recursos que a lo largo de sus vidas han sobrevivido en trabajos informales y mal pagados. Su condición social y su necesidad por mejorar su situación económica las llevó a ejercer el trabajo sexual. Entonces, a su analfabetismo y pobreza se sumó el estigma de ser “mujeres de la mala vida”. Con el paso del tiempo, no sólo encarnaron la pobreza, la exclusión social y el estigma, ahora lidian con la vejez. Esto es lo que me llevó a considerar que, “no todas las personas envejecen de la misma forma” (Snyder y Wong, 2007).

Para sustentar mi propuesta, expondré tres casos: el de Liz, mujer Trans<sup>2</sup> y trabajadora sexual de 60 años; Carito, mujer Cis<sup>3</sup> trabaja-

<sup>2</sup> Transexual/Trans.

<sup>3</sup> Cisgénero/Cis.

dora sexual de 63 años, y Pao, mujer cisgénero trabajadora sexual en situación de calle de 65 años de edad. Pese a que las tres mujeres ejercen el mismo oficio en el mismo espacio, sus oportunidades laborales dentro del trabajo sexual fueron determinadas por su género, su lugar de origen, su condición como madres de familia y su grado de estudios. Con el paso del tiempo, esta intersección delineó la forma en la que se encuentran viviendo su vejez.

### **Trabajadora sexual y madre**

El sacrificio expuesto a través de la maternidad es el acto que marca la vida para algunas mujeres Cis que ejercen el trabajo sexual. Sin embargo, es la clase social la que determina en gran medida la forma en que una mujer vivirá su maternidad (Lagarde, 2015). Carito y Pao son dos mujeres que han vivido toda su vida en condición de pobreza, en tanto que su condición de madres fue el hecho que definió su vida laboral. La preocupación de que sus hijos vivieran las mismas carencias que ellas, fue lo que las orilló a “sacrificarse” ejerciendo el trabajo sexual. Esta actividad era la única opción que les permitía generar más recursos y obtener más tiempo para hacerse cargo de sus hijos, en comparación con un trabajo como empleada doméstica, en donde recibían bajos salarios a cambio de largas jornadas laborales y humillaciones.

Su sacrificio las transformó en mujeres recias, capaces de soportar cualquier adversidad por más difícil o dura que fuera. El sacrificio las legitimó como “buenas madres”. Esta idea está ligada al instinto y amor materno. De ello se derivan las virtudes de: paciencia, tolerancia, capacidad de consuelo, capacidad de sanar, de cuidar, de atender, de escuchar, de proteger, de sacrificarse (Palomar, 2004).

Los relatos que expondré a continuación han sido retomados de mis diarios de campo. La narrativa es una mezcla entre estilo formal y descriptivo, con la finalidad de reflejar la comunicación cotidiana de las trabajadoras sexuales y ayudar a las y los lectores a construir las situaciones, sin alterar la realidad de las mujeres con quienes convivo.

*Breve historia de Carito*

Carito jamás pensó que se dedicaría al trabajo sexual y aunque no se arrepiente de ello, reconoce que fue parte de los sacrificios que tuvo que hacer como madre. Hoy, a sus 65 años, se siente tranquila de haber sacado a sus hijos adelante. Su sacrificio está marcado por una profunda cicatriz en el cuello, resultado de un asalto mientras esperaba a sus clientes en el parque.

Ella se distingue entre sus compañeras por ser una mujer tranquila y muy amigable. Su complexión delgada y pequeña la hacen parecer vulnerable, aunque esa percepción cambia cuando sus clientes la hacen enojar. No le gusta meterse en problemas y cuando identifica alguna riña entre sus compañeras, ella prefiere buscar otro lugar para sentarse y esperar por un servicio mientras juega con su celular.

Carito comenzó a ejercer el trabajo sexual a los 36 años. En comparación con sus demás compañeras, ella ya era muy vieja para dedicarse a putear.<sup>4</sup> Antes de ser trabajadora sexual, Carito laboraba como cocinera en un pequeño restaurante ubicado a un costado de un parque del centro histórico de la Ciudad de México. Una tarde fue despedida:

—Mi patrón me corrió porque ya no tenía dinero para pagarme. El restaurante estaba en quiebra y cerró semanas después de mi despido. Aquella tarde yo no sabía qué hacer. ¡Yo tenía cuatro hijos que sacar adelante!

Por unos segundos Carito miró fijamente hacia el parque. Supuse que se sentía incómoda:

—¿Estás bien? Si quieres mejor dejamos para otro día la charla.

Carito: —No, mi amor. No es que no te quiera contestar. Es que me estoy acordando de cómo me sentía aquella tarde que me corrieron y no puedo creer que hayan pasado más de veinte años. ¿Ves esa banca que está allá? [señala con su mano izquierda]. Justo esa tarde que me corrieron me senté allí, tenía mucho miedo y pensaba en cómo le iba a hacer para mantener a mis chamacos. En eso un hombre se me acercó y me preguntó: ¿Vamos?

<sup>4</sup> Esta categoría *emic* se refiere al acto cotidiano de ejercer el trabajo sexual. La categoría *putear* es muy recurrente entre las personas que ejercen este oficio.

—¿Era un cliente? [le pregunté].

Carito: —Sí. Ese hombre fue mi primer cliente. Mamita, yo no lo pensé ni un segundo. Yo sólo me paré y le dije que sí. Caminamos al hotel que está allá [señala nuevamente con la mano izquierda]. Le pedí a ese hombre que me diera dinero para comprar un condón y entonces ¡ya era una puta! [ambas reímos].

—¿Sentiste miedo?

Carito: —La verdad sí. Estaba muy nerviosa porque yo sabía que lo que hacía no estaba bien. Pero también sabía que ya estaba grande y que nadie me iba a dar trabajo. Yo sólo terminé la primaria. No tengo estudios, soy una mujer ignorante. Además, tenía que darle de comer a mis hijos. Eso fue lo que me motivó.

Hasta el momento, los hijos de Carito no saben que su madre es trabajadora sexual. Dos de ellos ya fallecieron y hasta el último día de sus vidas dieron por hecho que su madre se dedicaba a la costura.

—¡Dios sabe que lo que hago fue por mis hijos! Ahora ellos ya están grandes. Les di el bachillerato y ellos se hicieron de un oficio.

Carito cuenta con el apoyo de sus dos sus hijos y, ocasionalmente, obtiene ingresos haciendo algunos trabajos de costura, pero no gana mucho en comparación con el trabajo sexual. Uno de los motivos por los que ella no deja la calle es que se siente triste de estar en su casa, pues aún no supera la muerte de sus hijos. Cuando sale a putear puede mitigar la tristeza.

—¿Has pensado en dejar el oficio?

Carito: —No, mamita. Yo creo que voy a hacer esto hasta que me muera. En mi casa no tengo nada que hacer. Mis hijos tienen su vida y no me gusta estar con ellos de metiche. Mejor me vengo aquí. Al menos aquí platico con las muchachas, me distraigo un rato y me gano mis centavos.

La personalidad de Carito la ha llevado a ganar pretendientes. No es para sorprenderse que Carito siempre reciba flores, chocolates, postres, o peluches por parte de sus “amiguitos”, como ella les llama. Incluso ha recibido propuestas de matrimonio que ha rechazado.

—Yo he visto que tienes mucho pegué,<sup>5</sup> Carito. ¿No tienes novio?

<sup>5</sup> Tener “pegue” es una expresión que se utiliza en México para hacer referencia a despertar interés romántico o sexual en otras personas.

Carito: —[ríe] Yo sólo tengo a mis amiguitos. A mí ya no me quedaron ganas de casarme. Mi primer y único esposo me pegaba muy feo, mamita. Me tiraba al piso y me pateaba hasta que se cansaba. Mis niños nada más se ponían a llorar y me dolía mucho que vieran a su padre violento.

—¿Entonces comenzaste a ejercer el trabajo sexual cuando ya estabas divorciada?

Carito: —¡Sí claro! Ese hombre no me dejaba ni salir ni a la tienda.

—¿Y cómo fue que te separaste si tu exmarido no te dejaba salir?

Carito: —Un día el muy cobarde estaba pasado de copas y comenzó a pegarle a uno de mis niños. Entonces me encabroné muchísimo porque una cosa era que me pegaran a mí, pero a mis niños no me gustaba que les tocaran ni un pelo. Mi exmarido tenía guardada un arma en el ropero, fui rápido por la pistola y que le digo: ¡o sueltas a mi hijo o te mato, cabrón! Y entonces el muy desgraciado se comenzó a burlar de mí, y me dijo que yo era vieja y que no sabía usar un arma.

—¿Y sabías usarla, Caro?

Carito: —En mi vida había tomado una pistola, mamita. Sólo lo había visto en películas. Entonces del coraje le disparé y que le doy en un pie [ríe]. El cobarde salió corriendo y jamás regresó.

—¿Y se hizo responsable de tus hijos?

Carito: —No, mamita. Ése era un alcohólico, un hijo de la chingada. Un maldito borracho. Todo el dinero se lo gastaba en el vicio. Mis hijos comenzaron a vivir mejor cuando yo los mantenía. Teníamos carencias, pero nunca les faltó de comer y tampoco escuela.

—¿Volviste a ver a tu exmarido?

Carito: —Me imagino que se arrepintió porque fue a buscar a los hijos, pero cuando éstos ya eran adultos. No tiene mucho que ese hombre murió. Que Dios lo perdone.

Durante el confinamiento por Covid-19, Carito recibió la ayuda de sus dos hijos. Ocasionalmente asistía al parque a ejercer el trabajo sexual, pero al igual que sus compañeras, no tenía mucho éxito consiguiendo clientes, pues las calles estaban vacías. Caro sabe que, a diferencia de sus compañeras trabajadoras sexuales, ella no morirá en la calle. Ella sigue trabajando para pagar su funeral y con ello evitar que sus hijos se hagan responsables de su muerte. En realidad, la preocupación de Carito es que sus dos últimos hijos se enteren que fue trabajadora sexual, pero no

quiere dejar el oficio, pues a su edad nadie quiere emplearla. Ella ya se siente vieja y augura que está viviendo los últimos años de su vida.

—Soy una mujer vieja y tengo mis canas, pero me sigue gustando la calle. Ahora mi objetivo es dejar todo listo para cuando me muera. Y no me da miedo morirme porque sé que en el más allá me esperan mis dos hijos y ya los quiero abrazar.

(fragmento de diario de campo, 21 de julio de 2021).

Este fragmento de diario de campo, que refuerzo con una entrevista, me permitió reconocer que Carito forma parte de las cifras de mujeres adultas, analfabetas y madres de familia que han tenido dificultades para acceder al mercado laboral formal. Caro no es la única trabajadora sexual que sobrevivió bajo estas condiciones. Persiste una generación de trabajadoras sexuales de calle que llegaron a ejercer este oficio hasta una edad madura como consecuencia de su condición de mujeres analfabetas, con escasos recursos, madres solteras y esposas violentadas. Para ellas no había espacios laborales con salarios gratificantes, el trabajo sexual fue su única opción, aunque ello implicara el rechazo social y el estigma por convertirse en “malas mujeres”. Carito no conoce de prestaciones de ley y ella misma anuncia que su jubilación está determinada por su muerte.

En comparación con Caro, Paola es una mujer que se sacrificó por obligación y no por amor. Ella está arrepentida de haberse preocupado durante sus mejores años de vida en sacar a sus hijas adelante, luego de que ellas la rechazaran cuando se enteraron que ejercía el trabajo sexual. Pao siempre creyó que el sacrificio era parte de sus obligaciones como mujer, aunque era augurio de su futura pobreza, la cual se agudiza conforme va envejeciendo.

### *Breve historia de Paola*

Paola vive en la calle, pero la puedo encontrar con facilidad. Sé que la puedo buscar en su casita de campaña improvisada con viejos plásticos y cobijas que destaca entre los puestos ambulantes que se forman en la

zona. Aunque tiene una ligera discapacidad en las piernas, siempre se le ve yendo y viniendo con mucha prisa. Pao siempre tiene cosas que hacer: ir a buscar comida, hacer mandados, ir a recoger botellas de PET o visitar a las compañeras que le han prometido algún tipo de ayuda.

A sus 65 años Pao ejerce el trabajo sexual, pero son pocos los clientes que le pagan por un servicio completo. Ella me cuenta que a veces la buscan para servicios rápidos (como ella les llama): sexo oral o masturbar. Para Paola es muy difícil hacerse de un cliente, por eso busca otras formas de ganar dinero. Barre locales, cuida las pertenencias de sus demás compañeras, vende la ropa usada que le regalan o las despensas que organizaciones civiles le otorgan.

Pao vive en condición de calle desde hace dos años. Su economía llegó a la decadencia tras el confinamiento por Covid. Desde 2020 la mujer no puede costear el cuarto de un hotel o pagar una casa de huéspedes. La directora de casa Xochiquétzal,<sup>6</sup> Yesica Vargas, la ha invitado en repetidas ocasiones a vivir en el asilo, pero Pao lo piensa mucho.

—¿Por qué no vas? Allí no pasarías hambre, ni frío y tendrías agua caliente para bañarte.

Pao: —Lo sigo pensando. Es que estar encerrada no es lo mío. Yo siempre quiero estar haciendo algo. Si voy a encerrarme me voy a hacer más vieja y no quiero.

Paola habla mucho. Es fácil ganarse su confianza mientras sepas escucharla, pues siempre tiene algo de qué quejarse y busca aliados. Aunque jamás te dará una entrevista.

—No. A mí no me vengas a poner una grabadora enfrente porque me pongo muy nerviosa. Si vas a grabar, hazlo sin que me dé cuenta. Total, no tengo nada que esconder. Mi vida siempre ha sido miserable. No tengo nada interesante que contar.

\* \*

Pao es originaria de Puebla. Tras el abandono de su padre biológico, su madre se juntó con otro hombre. Ella creció creyendo que su padre biológico había muerto, pues eso fue lo que toda la familia le había dicho.

<sup>6</sup> Casa Xochiquétzal es un asilo para mujeres trabajadoras sexuales de la tercera edad que opera desde el año 2006. Ese espacio se creó con la finalidad de brindar respuesta a las necesidades de las mujeres trabajadoras sexuales de la tercera edad que dormían en la calle.

Uno de los episodios que marcó su vida fue el día en que supo que su padre vivía y que era un hombre en situación de calle:

—Yo tenía como 13 años y cuando pasaba por la iglesia de mi pueblo vi a un señor todo sucio y borracho. El señor se me quedó viendo y se puso a llorar. Me preguntó si yo era Paola. Yo le dije que sí. Entonces me dijo que él era mi papá. Yo sentí muy feo porque pensé que mi padre había sido un hombre trabajador. Jamás creí que mi padre fuera un teporocho<sup>7</sup> de la calle. Sentí mucha vergüenza, no sé cómo explicarlo.

Pao estudió hasta el cuarto año de primaria y a los 15 años migró a la Ciudad de México. Fue recomendada por una de sus amigas para trabajar como personal de limpieza en una casa particular en la colonia Pedregal durante la década 1970. Ella reconoce que es muy buena trabajando, el problema es el trato que se desprende de la relación patrón-subordinado. Es una queja recurrente entre aquellas que, antes de ser trabajadoras sexuales, ejercían un trabajo “honesto”.

—Yo te se planchar, limpiar, lavar ropa a mano. Te cocino de todo. Pero en ese tiempo tenía que estar todo el día con la patrona y no ganaba tanto. Además, la vieja era una culera que me humillaba. Pinche vieja fufurufa.<sup>8</sup>

A Pao le cuesta mucho trabajo reconocer la forma en la que se inició en el trabajo sexual. A veces dice que fue influenciada por una de sus amigas, quien la llevó a una fiesta en un salón de baile en donde se ofrecía servicio de variedad. Otras veces dice que su exmarido la cambió por dinero con un hombre que la maltrataba físicamente y que la padroteaba. Lo único que reconoce es que, en sus “buenos tiempos”, llegó a ganar mucho dinero, pero tras sufrir un accidente automovilístico que le dejó graves secuelas para caminar, Pao no volvió a tener la misma entrada de dinero ejerciendo el trabajo sexual.

—Fíjate, el accidente lo tuve ya grande, a los 36 años. Todo el dinero que tenía se me fue en mis piernas. A la par tenía que pagar las quimioterapias de mi madre, Q.E.P. No tenía seguro médico y se me fue mi dinero. Pero viví mis buenos tiempos, me daba una buena vida. Pagaba mi departamento y saqué a mis hijas adelante, puteando. Aunque son mal agradecidas, porque gracias a mi sacrificio nunca les faltó nada y ahora las culeras ni me dirigen la palabra.

<sup>7</sup> Borracho, alcohólico.

<sup>8</sup> Presumida.

El accidente fue el episodio que cambió su vida. Debido a ese evento, su familia supo que Paola era trabajadora sexual. Esto le hizo ganarse el desprecio de su familia, sobre todo el de sus hijas. Por su ligera discapacidad fue despedida del salón de variedades donde trabajaba y eso la llevó a ejercer el trabajo sexual en la calle. Pao se paró en un parque a la edad de 40 años.

La depresión que le causó el rechazo de sus hijas y las burlas de sus compañeras por cojear al caminar la llevaron a refugiarse en el alcohol y la piedra.<sup>9</sup> El único familiar que no la rechazó fue uno de sus hermanos que vive en Puebla. Pero Pao no va a su pueblo por miedo a ser juzgada.

—Yo estoy sola. A nadie le importo. Pero yo me las voy arreglar para salir adelante. Aquí en el parque todas son culeras, te dejan sola. Lo único que quiero es un trabajo para poder pagar un cuarto, pero siempre me rechazan por mi edad. Estoy cansada de dormir en la calle, siento que nunca descanso.

(fragmento de diario de campo, 24 de agosto de 2021).

La situación de Paola ejemplifica la idea de que no todas las personas logran envejecer de igual forma y que la vejez está delineada por una intersección. A lo largo de su vida, la falta de oportunidades llevó a Paola a acumular situaciones que la fueron excluyendo socialmente.

Pao no sólo es trabajadora sexual, es analfabeta, discapacitada, de escasos recursos, con fuertes adicciones a las drogas. Todo ello se ve opacado por su condición social: es una mujer que vive en situación de calle; las personas la miran con desprecio y pocas veces le ofrecen ayuda. Incluso es despreciada por sus propias compañeras trabajadoras sexuales, quienes la culpan de su situación y la tachan de floja, peleonera y drogadicta. Hoy en día Paola sobrevive con problemas de depresión que la han orillado a consumir alcohol y piedra. Estar bajo los efectos de esas sustancias le permiten aliviar momentáneamente su tristeza, en tanto que su agresividad es una respuesta biológica de su adicción.

<sup>9</sup> Cocaína en piedra, también conocida como *crack*.

Aunque Pao es una persona de la tercera edad, ella evita que la infantilicen. A Pao aún le gusta mantenerse activa y el rechazo a pisar un asilo se debe a que ella aún se considera una mujer productiva que podría trabajar como ayudante de limpieza, el problema es que nadie la quiere contratar por ser una trabajadora sexual en situación de calle.

### **La consecuencia de ser mujer Trans en la década de 1970**

En comparación con sus compañeras, el sacrificio de Liz fue para ella misma. Uno de los objetivos por los que Liz trabajaba era parecer “mujer”. Pasó por un proceso hormonal y se puso implantes en las nalgas y senos. Algunas autoras como Annick Prieur (2008) explican que la apariencia para una Trans requiere inversión de tiempo y dinero. Para las Trans jóvenes vale la pena la transformación porque se vuelven sexualmente atractivas, lo que las lleva a incrementar sus ingresos. Aunque la inversión va produciendo menos frutos conforme se va envejeciendo (Prieur, 2008).

Para Liz el trabajo sexual siempre fue gratificante económica y personalmente. Gracias al trabajo sexual logró transformarse en una mujer muy atractiva y eso la hizo generar recursos. Sin embargo, el dinero que generaba sirvió para pagar multas y sobornos. Muchas veces, mientras era detenida por ejercer el trabajo sexual, los policías le robaban el dinero que había ganado. El abuso de poder por parte de la policía era el motivo por el que Liz buscó por mucho tiempo otro oficio que no fuera el trabajo sexual, pero nunca logró conseguir otro trabajo debido a su género, a su condición de analfabeta y por ser una persona de escasos recursos. Estos tres factores limitaron su integración a otro tipo de ambientes sociales y laborales.

La última vez que Liz supo de su familia fue a los 17 años, cuando tuvo que ir a casa de su madre por su acta de nacimiento. Ahora Liz tiene 60 años y vive con un hombre que anteriormente era su cliente y dice que ahora es su amigo, aunque asegura que no le gusta vivir con él, porque cuando su amigo está pasado de copas se pone agresivo

y comienza a insultarla. Vivir con ese hombre es mucho mejor que vivir en la calle. En varias ocasiones Liz me ha dicho que no tendría problema alguno en morir. No le gusta envejecer, pues eso le resta oportunidades como trabajadora sexual, además de que, asegura, ya vivió lo que tenía que vivir.

### *Breve historia de Liz*

—¡Ay, mana! La juventud me está ganando.

Ésa fue la frase que Liz, mujer Trans y trabajadora sexual de la tercera edad, me expresó en un acto de desesperación. La mujer había pasado todo el día en el parque sin haber obtenido ningún ingreso.

—Los clientes prefieren a las jóvenes. Cada vez hay menos trabajo para mí. ¡Yo no sé qué voy a hacer!

La voz se le quebraba, pero se resistía a llorar. Liz me explicó que había permanecido todo el día de pie, usando un vestido de encaje. Cuando la temperatura comenzó a bajar se vio obligada a ponerse un pantalón blanco. Para su mala suerte, se sentó en un lugar sucio, manchando la parte trasera de su prenda.

—[...] y luego me senté en esa banca y ¡que me mancho el pantalón! Parece que me cagué. Por eso los clientes ni se me acercan. Hoy no es mi día, mana.

Una de las molestias de Liz es la presencia de nuevas mujeres trabajadoras sexuales en el lugar. Muchas de ellas mujeres Cis y Trans que llaman la atención por ser muy jóvenes. Para ella esto representa una competencia desleal, luego de que Liz y otras compañeras estuvieron inmersas en la lucha política de la década de 1990 por la dignificación del trabajo sexual en la Ciudad de México.

—¿Por qué no le dices a Mónica que les diga algo? Igual a ella sí le hacen caso. —Le sugerí para aminorar su coraje.

Liz: —¡Qué caso le van a hacer! Mónica no puede hacer nada. Siempre se les dice que se vayan para allá [señala una de las avenidas], pero les vale madres. Oye, manita, ¿no me prestas cuarenta pesos para una piedra? ¡Ándale!, para que se me quite el frío y el hambre.

\* \* \*

Liz es originaria del Estado de México. Cuando era un niño de 8 años supo que era mujer, aunque biológicamente era hombre. Su modo “afeminado” fue motivo para que su madre la abandonara con su abuela. Ella tenía 6 años.

—Vivía con mi abuela y con un tío que me trataba mal. Él era muy machista y me decía que a él no le gustaban los putos y por eso me golpeaba mucho. Todavía recuerdo cuando mi madre me fue a regalar. Me dejó en el puesto de quesadillas de mi abuela y ese día supe que tenía una abuela.

Desde niña a Liz le asignaron tareas domésticas: prender el anafre, poner el café, barrer, llenar botes con agua. Liz nunca fue a la escuela, por ello no sabe leer ni escribir. Su abuela falleció cuatro años más tarde y nuevamente su madre se volvió a hacer responsable de Liz.

—Mi madre ya tenía otra familia y me ocupó para cuidar a sus hijos. Me echó la culpa de la muerte de una de sus hijas. Una bebé de meses de nacida que me dejó cuidando. Yo tenía 11 años, yo no sabía sobre bebés. Yo le daba su mamila con atole y la cargaba, pero la niña se murió. Entonces mi madre me corrió de su casa.

Liz explica que durante su adolescencia le costó mucho trabajo hacerse de un trabajo formal que le dejara buenos ingresos. Pese a que era una mujer joven, era visto como un hombre afeminado, tampoco sabía leer ni escribir y no contaba con ningún documento que la identificara. Esto ponía en duda su integridad como persona.

Liz: —Cuando eres chica Trans pocas personas te aceptan. En aquel tiempo la gente no me quería porque era un niño muy femenino. A la gente le daba vergüenza contratar a una persona como yo. El único trabajo formal que tuve fue en una lonchería que estaba por San Juan de Letrán. Aunque no me vestía como mujer, sí se notaba que yo era como “unisex”.

—¿Y cómo fue que llegaste al trabajo sexual? [le pregunté].

Liz: —En ese trabajo fue donde conocí a una chica de nombre Yesenia que se paraba afuera de la lonchería. Ella me comenzó a hacer la plática y la sentí como mi amiga. A veces yo le regalaba un taco, porque, pobrecita, ella no comía y en la lonchería sobraba mucha comida. Un día mi patrona me despidió porque le llegaron chismes de que yo había metido a las prostitutas a su negocio. Fue muy triste porque yo vivía allí y entonces ya no tenía a donde ir.

Fue así como Liz comenzó a ejercer el trabajo sexual, influenciada por Yessenia, quien le enseñó a maquillarse, peinarse y a cobrar por los servicios sexuales. Los primeros años Liz fue padroteada por Yessenia, sin embargo, a Liz nunca le pareció que su amiga ganara dinero sólo por conseguirle clientes. Por ese motivo decidió independizarse y comenzar a trabajar por cuenta propia. Pese a que ella generaba muchos ingresos como trabajadora sexual, nunca tuvo ningún patrimonio.

Liz fue una de tantas trabajadoras sexuales que lidió con los operativos policíacos durante la década de 1970 y hasta principios del año 2000. Desde los 17 años era detenida de forma violenta por el personal del extinto departamento del Servicio Secreto de la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD). Ella explica que durante la década de 1970 los alrededores del Ángel de la Independencia era uno de los puntos para ejercer el trabajo sexual, actividad que era considerada un delito. Muchas trabajadoras sexuales Cis y Trans eran encarceladas durante quince días. Liz no recuerda cuántas veces fue a la cárcel, sólo reitera que fueron varias.

—Nos llevaban bajo el delito de usurpar la personalidad de una mujer. Nos metían a la cárcel por quince días porque nuestro delito era disfrazarnos de mujer. También decían que les robábamos a los borrachos o incautos, como ellos le decían. Pero si un borracho me pegaba, eso no era delito, me lo merecía por ser puto.

(fragmento de diario de campo, 3 de noviembre de 2021).

La situación precaria de Liz es el resultado de las campañas moralizadoras que afectaron a las personas no heteronormativas desde la década de 1940 hasta finales de 1990, encasillando a las mujeres Trans como hombres homosexuales y sujetos peligrosos (Sosenski y Pulido, 2019), hecho que limitaba su integración a la sociedad y al mundo laboral. La situación de pobreza extrema, el analfabetismo y la falta de vivienda son las situaciones en las que coinciden las mujeres Trans trabajadoras sexuales de calle de la tercera edad en la urbe de la Ciudad de México.

Aunque la tolerancia para las personas Trans obtenida mediante la lucha política LGBTTTTIQA+ a partir del año 2000 ha trazado nuevas

oportunidades de crecimiento social y económico para esta comunidad, esa lucha no ha logrado incluir del todo a las mujeres Trans de la tercera edad y mucho menos a quienes ejercen el trabajo sexual de calle y sobreviven en condiciones de marginalidad.

### Viejas y putas

La intersección conformada por el género, la condición social, el lugar de origen y el grado de estudios fue uno de los factores que determinaron la calidad de vida de las trabajadoras sexuales de calle de la tercera edad. Muchas comenzaron a laborar entre los 15 o 17 años. Esta intersección que las atraviesa fue determinante para excluirlas de un mercado laboral que les permitiera obtener prestaciones como seguro médico o pensión, lo que probablemente hubiera cambiado el destino de su vejez.

Algunas asociaciones civiles encaminadas a la defensa del trabajo sexual en la Ciudad de México han buscado inalcanzablemente la dignificación de esta actividad, así como justicia para aquellas que siguen siendo extorsionadas por organizaciones criminales. Sin embargo, de acuerdo con los datos recabados en mi trabajo de campo, hoy en día el cobro de piso y la edad son los elementos que determinan las ganancias de una trabajadora sexual de calle. La única ventaja para las trabajadoras de la tercera edad es que ellas no pagan derecho de piso, pues ya no son consideradas rentables.

Las generaciones más viejas fueron testigos de otro tipo de violencia sustentada por la policía y el Estado. Las cosas cambiaron y ya no existen condenas ni operativos por ejercer el trabajo sexual. Eso representa una gran ventaja pues hay más libertad para ejercer esta actividad, lamentablemente, muchas de ellas son casi ancianas. Ahora su preocupación es sobrevivir. Las trabajadoras sexuales de la tercera edad reconocen que el sufrimiento es parte de su mundo y todas deben de vivirlo:

—La que no pague va a amanecer colgada, pero las que van a pagar son las nuevas generaciones. Nosotras ya no vamos a pagar porque ya somos viejas, ya vivimos de todo. Les toca a las nuevas, a las jóvenes.

(fragmento de diario de campo, 19 de octubre de 2021).

Las mujeres de la tercera edad con las que he convivido son fuentes de información que también me permiten ver los legados de la desigualdad (Colmex, 2018) y la distribución inequitativa de oportunidades a las que siempre estuvieron sujetas. Ellas siempre supieron que su futuro estaba destinado a la pobreza. Con lo que respecta al futuro de las nuevas generaciones de trabajadoras sexuales de calle, se puede vislumbrar mucho más catastrófico que en los casos de Paola, Carito o Liz. Muchas de ellas no llegan siquiera a cumplir los 30 años: están muriendo muy jóvenes.

Su falta de oportunidades está sujeta a su condición de migrantes, indocumentadas, mujeres en situación de calle, adictas a las drogas y el estigma que aún predomina por ejercer el trabajo sexual. En las nuevas generaciones de trabajadoras no encaja la condición de la maternidad, pero sí el consumo de drogas.

Uno de los fenómenos que está delineando su futuro es el esfuerzo que hacen para pagar el cobro por derecho de piso. Sin darse cuenta, ellas trabajan para organizaciones criminales, hecho que las estigmatiza como mujeres peligrosas, cuando son ellas quienes constantemente corren peligro. Sus jornadas laborales varían conforme los días festivos, los días de quincena y, recientemente, el confinamiento que desató la pandemia de Covid-19.

Hasta el momento, tengo el registro de dos asesinatos de trabajadoras sexuales en la zona en la que hago trabajo de campo, ninguno de ellos fue cubierto por la prensa. A finales de 2021, Cristian, una chica Trans de 28 años, perdió una pierna cuando fue atropellada por un camión de basura. Sólo en 2021 y parte de 2022 he presenciado cuatro funerales de trabajadoras sexuales: Amanda de 21 años, mujer Cis en situación de calle, que falleció de sida; Kaori, mujer Trans en situación de calle, de 28 años de edad que falleció a

consecuencia del consumo de alcohol y piedra; Valeria, mujer Cis de 30 años, que falleció por consumo de drogas; Pina, mujer Trans de 45 años, que murió por insuficiencia renal, resultado de su alcoholismo.

Los casos expuestos me llevan a considerar que la vejez no debe ser vista de forma lineal. Aunque bien dicen que el futuro es incierto, la incertidumbre depende de las oportunidades, pero las oportunidades están delineadas por el género, la clase, la condición social, económica y laboral. El futuro de las trabajadoras sexuales de calle no es incierto, ellas saben que su desenlace siempre estará vinculado a la pobreza, a la exclusión social o la muerte en una etapa joven.

## Bibliografía

- El Colegio de México (Colmex) (2018), *Desigualdades en México / 2018*, Colmex, México.
- Edley, N. (2017), *Men and Masculinity: The Basics*, Universidad de California, San Diego.
- Hareven, T. y K. Adams (1982), *Aging and Life Course Transitions: An Interdisciplinary*, Guilford Press, Nueva York.
- Iuliano, R. (coord.) (2019), *Vejez y envejecimiento: aportes para la investigación y la intervención con adultos mayores desde las ciencias sociales, la psicología y la educación*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Lagarde, M. (2015), *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Siglo XXI Editores, Ciudad de México.
- Orejuela, J. y C. Robledo (2020), “Vejez, trabajo y futuro pospandemia”, en C. Robledo (ed.), *La vejez: reflexiones de pospandemia*, Fundación Opción Colombia, Medellín, pp. 187-196.
- Palomar Vereá, C. (2004), “‘Malas madres’: la construcción social de la maternidad”, *Debate Feminista*, núm. 30, pp. 12-34.
- Prieur, A. (2008), *La casa de la Mema: travestis, locas y machos*, UNAM-Programa Universitario de Estudios de Género, Ciudad de México.

- Snyder, N. S. de y R. Wong (2007), “Género y pobreza: determinantes de la salud en la vejez”, *Salud Pública de México*, vol. 49 supl. 4, [[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0036-36342007001000011](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0036-36342007001000011)].
- Sosenski, S. y G. Pulido (coords.) (2019), *Hampones, pelados y peccatrices. Sujetos peligrosos de la ciudad de Mexico (1940-1960)*, FCE, Ciudad de México.

Fecha de recepción: 21/02/22  
Fecha de aceptación: 08/04/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257383-404